



FRAY SERVANDO TERESA DE MIER EN LOS TORIBIOS DE SEVILLA

por

CARMEN DE MORA VALCÁRCEL

DE PRISIONES Y DE FUGAS

Perteneciente a la generación de la Independencia, «a horcajadas en la frontera del butacón barroco y del destierro romántico» —que diría Lezama—, surge en México una de las figuras más apasionantes y olvidadas de la historia y la literatura hispano-americanas: Fray Servando Teresa de Mier. Disputan en él dos personalidades muy diferentes. Una, la del revolucionario que toma partido por la emancipación poniendo a su servicio la inteligencia y la pluma. Otra, la del «fraile trotamundos» que recorre toda Europa de prisión en prisión practicando el arte de la fuga con «una maestría de fantasma» y «algo de magia», según Reyes; «único crimen de Mier personalísimo e incommunicable a otros», según Bustamante. Es el héroe de talante picaresco que inspira la biografía novelada *El mundo alucinante*, del cubano Reinando Arenas.

Edmundo O'Gorman¹ divide su vida en tres etapas. La primera transcurre desde su nacimiento en Monterrey, en 1763, su destierro del Virreinato, las persecuciones, cárceles y fugas en España, peregrinaciones y aventuras por tierras de Francia e Italia,

¹ Prólogo a Servando Teresa de Mier: *Escritos y Memorias*, México, Imprenta Universitaria, 1945.

hasta su establecimiento en Londres en 1811. El desencadenante de tales andanzas fue el célebre sermón sobre la Virgen de Guadalupe que el fraile dominico pronunció el 12 de diciembre de 1794, delante del Virrey, del Arzobispo y de la Audiencia: «Y su palabra fue un largo combate entre los antiguos dioses y las nuevas leyendas... Y el Arzobispo se tragó el anillo cuando el predicador puso en duda la aparición de la Virgen de Guadalupe como la referían los españoles y la trasladó a tiempos remotísimos: cuando la llegada del Mesías, quitando de esta manera toda razón que justificara la presencia de los españoles en tierras ya cristianas antes de su llegada. Los indios oían entusiasmados y los criollos se ponían de pie y a cada momento rompían en aplausos. Sólo los gachupines y las diferentes ramas de lacayos reales guardaban un gran silencio y observaban con discreción a Su Ilustrísima, que constantemente cambiaba de posición en su asiento como si algo le molestara debajo de las gruesas nalgas...».²

El Arzobispo lo desterró diez años a la península, con reclusión en el convento de las Caldas (Santander), perpetua inhabilitación para enseñar, predicar y confesar, y privación del título de doctor. Con esa fuerza de *levitación* que viera en él Alfonso Reyes lleva a cabo su primera fuga. En Burgos sufrirá dos nuevas reclusiones con las fugas correspondientes hasta que desde Bayona consigue pasar a Burdeos y a París, donde le ocurren dos hechos notorios: el encuentro con Simón Rodríguez —héroe de otra biografía novelada: *La isla de Robinson*, de Uslar Pietri— y la traducción al español de *Atala*. Con ánimo de conseguir la secularización viaja a Roma en 1802 y de allí, una vez concedida por el Papa, regresó a España. En Madrid fue encerrado de nuevo y de allí fue trasladado a los Toribios de Sevilla. Culmina esa etapa con una estancia de tres años en Portugal y está marcada por la prisión del cuerpo. En cambio, la etapa londinense (1812-1826) está signada por la libertad espiritual. Los sucesivos presidios y fugas de Mier no son sino metáforas de cárceles y libertades más abstractas y trascendentes: las de las ideas. Y en este orden sitúa Lezama el papel inaugural de Mier: «...Fue el primer escapado, con la necesaria fuerza para llegar al final que todo lo aclara, del señorío barroco,

² Arenas, Reinaldo: *El mundo alucinante*, Barcelona, Montesinos, 1981, págs. 41-42.

del señor que transcurre en voluptuoso diálogo con el paisaje. Fue el perseguido, que hace de la persecución un modo de integrarse». ³

A partir de entonces la obsesión por la verdadera aparición de la Virgen de Guadalupe se desplaza hacia la obsesión independentista, la otra cara secreta de la moneda. Los ideales de libertad y emancipación quedaron planteados en las dos *Cartas de un Americano*, dirigidas a Blanco White, y en la *Historia de la Revolución de Nueva España antiguamente Anahuac*. De esta etapa afirma O'Gorman:

«Inglaterra es todo el amor del Padre Mier; para ella todos los elogios, todo honor, Inglaterra es la escuela adonde el Padre Mier almacena su cultura política que tantas ventajas como ocasiones de lucimiento le proporcionará en su futura actuación parlamentaria en México». ⁴

En 1820 lo encontramos encarcelado en la fortaleza de San Juan de Ulúa al rendirse la guarnición de Soto la Marina. Allí escribió la *Apología* y las *Memorias*. Una autobiografía y una autojustificación; un salir al paso de injustificadas acusaciones que difamaron su integridad moral y religiosa e hicieron resentir su salud.

La tercera y última etapa está presidida por la conversión al republicanismo, de la que ha dejado constancia en la *Memoria Político Instructiva*. La filia estadounidense desplaza al fervor inglés:

«los Estados Unidos son la utopía realizada, la utopía experimentalmente comprobada; modelo sin extravío, clave de aciertos». ⁵

De regreso a México, en febrero de 1822, el republicano Mier, a quien las muchas prisiones no bastaron para adocencarle el ánimo, reprocha al recién nombrado emperador Iturbide su coronación y da por octava y última vez con los huesos en la cárcel. Ya apenas quedaba tiempo. Con Iturbide perdió el cargo de diputado por su

³ Lezama Lima, José: *La expresión americana*, en *El reino de la imagen*, Caracas, Ayacucho, 1981, pág. 405.

⁴ O'Gorman, Edmundo: op. cit., pág. XII.

⁵ *Ibidem*, págs. XVI-XVII.

región nativa, que recupera con la República. La era convulsa, el período de despotismo y anarquía había llegado tras las guerras de Independencia. Murió el 3 de diciembre de 1827. Toda su vida fue la gran metáfora del cuerpo-prisión y, a semejanza de la tradición literaria, ese aislamiento fue camino de ascesis espiritual y de ejercicio literario, pues ya sentenció otro mexicano: «es ley de nuestra lengua que la cárcel hace los buenos libros».

CRIOLLISMO Y UTOPÍA

La peripecia vital de Fray Servando, desde el sermón guadalupano hasta el regreso a México, reviste un significado que trasciende la mera anécdota literaria para alcanzar la dimensión, más amplia, de la utopía americana. El término utopía presenta un significado superficial y otro profundo. El primero se aplica a sociedades imaginarias e ideales situadas en remotos lugares alejados en el espacio y en el tiempo. El segundo, adosado al anterior, es que toda utopía, o sociedad ideal, conlleva implícitos la crítica y el rechazo de la sociedad real, y, por consiguiente, un propósito reformista, cuando no revolucionario. Cuando hablo de la proyección utópica de Fray Servando me refiero a esa voluntad de progreso y reforma social que en el dominico mexicano adopta una forma concreta: el proyecto independentista. No es casual la vocación utópica de este hombre, inmerso en una de las épocas más revueltas de la historia americana.

«América —afirma Fernando Ainsa— que había sido hasta ese momento el escenario propicio para la utopía «de otros», empieza a proyectar «utopías para sí». Ya no se trataría de construir una «ciudad ideal» que es «contra-imagen» de Europa, sino de proyectar la utopía americana, aunque para ello se utilicen las ideas utópicas en boga en Europa o Estados Unidos».⁶

Fray Servando tuvo la fortuna de ver realizado ese sueño, parte de un secreto que es preciso descifrar en el libro de la historia

⁶ Ainsa, Fernando: *Notas para un estudio de la función de la utopía en la historia de América Latina*, en *Latinoamérica*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983, pág. 110.

americana, cuyos orígenes se remontan al siglo XVI, a la génesis del criollismo.

De la rivalidad entre peninsulares y criollos surgida de la colonización nació el sentimiento criollista. En realidad, fue la reacción lógica de una clase que vio continuamente obstaculizados sus deseos legítimos de ocupar los mejores cargos en la administración y gobierno de las provincias de ultramar, la conciencia de ser «dueños de un destino vicario», en palabras de René Jara. «La discriminación de los criollos de las esferas de poder e influencia económica y social justificaba por sí sola la separación de la metrópoli». ⁷ La animadversión entre criollos y peninsulares se acentúa con el correr de los siglos favoreciendo la identificación con el pasado azteca o neoztequismo, fórmula sustitutiva del pasado español. Ya en la *Monarquía Indiana* de Juan de Torquemada existe una incipiente defensa del indio deformada, sin embargo, por el rechazo de las religiones indígenas. Sin duda el espíritu de la Contrarreforma impedía un razonamiento lúcido sobre el problema criollo. Hará falta el impulso de la Ilustración europea para reactivar la conciencia criolla y, más concretamente, el neoztequismo. De ello se encargó el jesuita Francisco Xavier Clavijero. Ya con anterioridad, Sigüenza y Góngora había logrado una especie de sincretismo religioso al asimilar la cultura azteca con la herencia cristiana. Cita René Jara en la misma línea a Lorenzo Boturini y Mier. Este último conquista la independencia espiritual con la «revivificación de los mitos de Quetzalcóatl y Guadalupe». Posteriormente, alcanza la isla afortunada: el México independiente.

«Fray Servando —explica Lezama— es el primero que se decide a ser el perseguido porque ha intuido que otro paisaje naciente, viene en su búsqueda, el que ya no contaba con el gran arco que unía el barroco hispánico y su enriquecimiento con el barroco americano, sino el que intuye la opulencia de un nuevo destino, la imagen, la isla, que surge de los portulanos de lo desconocido, creando un hecho, el surgimiento de las libertades de su propio

⁷ Jara, René: *El criollismo de Fray Servando Teresa de Mier*, «Cuadernos Americanos», México, núm. 1, enero-febrero 1979, año LXXVIII, vol. CCCXXII, pág. 42.

paisaje, liberado ya del compromiso con un diálogo mantenido con un espectador que era una sombra». ⁸

LAS «MEMORIAS»: UN CRUCE DE GÉNEROS

Estos antecedentes permiten adentrarnos en las *Memorias* de Fray Servando y los motivos que nos da de su prisión en los Toribios de Sevilla. Escritas durante el tiempo que estuvo preso en la Inquisición de México a partir de 1817, las *Memorias* junto con la *Apología* constituyen la mejor aportación literaria de Mier.

Durante el siglo XVIII las memorias más o menos fidedignas de personajes verdaderos fue el género aventajado de una sociedad que desdeñaba la imaginación y ostentaba pretensiones realistas. ⁹ No menos importantes que la autobiografía fueron los viajes. Al interés científico añadían la curiosidad por las costumbres e idiosincrasia de los diversos países. Por su parte, el escritor sometía a prueba las dotes de observación y análisis en las descripciones «exactas» de los mismos. Precisamente las *Memorias* de Mier concluyen con unas palabras que hacen referencia a todos estos elementos: «Hagamos alto aquí sin internarnos en Portugal, porque según mi costumbre debo notar todo lo que noté desde que salí de Madrid hasta salir de España». ¹⁰ De la misma manera que los europeos ilustrados dejaron en los libros de viajes sus impresiones sobre las provincias americanas, Mier, desde la vocación independentista, supo observar con mirada criolla las costumbres europeas. La reflexión y el contraste guían las experiencias de aquellos viajes. Admira a Inglaterra y los Estados Unidos porque, a diferencia de España, en aquellos países es el pueblo quien vela por la aplicación de la justicia, y no hay fuerza que valga contra la autoridad civil: «Allí y en Inglaterra —dice—, los militares, en todo lo que no es la guerra, están sujetos a la autoridad civil. Donde están exentos no puede haber libertad» (pág. 427).

⁸ Lezama Lima, José: op. cit., pág. 405.

⁹ Vid. Albérès, R.-M.: *Historia de la novela moderna*, México, UTEMA, 1966.

¹⁰ Teresa de Mier, Fran Servando: *Memorias*, Prólogo de Alfonso Reyes, Madrid, Editorial América, s. f., pág. 428. En lo sucesivo citaré por esta edición.

A veces la pintura de la realidad mostraba el lado más grotesco y satírico en la malicia del pícaro y sus desventuras. Recordemos que en el siglo XVIII el *Gil Blas* de Lesage remozó el género tradicional español de la picaresca que dio origen a la primera novela hispanoamericana: *El Periquillo Sarniento*.

No parece casual que estas tres modalidades literarias: la memoria, el viaje y la picaresca se crucen en la prosa de Fray Servando. Si realmente fue así, el dominico mexicano vivió la literatura de su tiempo o, como escribió E. A. Imbert: «si sus memorias son novelescas, puede discutirse: nadie discutirá que él, Fray Servando, fue héroe de novela». ¹¹

Por último, en la vida de Mier hay algo mágico, maravilloso. ¿Acaso no es lo real maravilloso que Alejo Carpentier encontraba «en estado bruto, latente, omnipresente en todo lo latinoamericano»? No es extraño que frases de Mier como «Al sangrarme del pie quedaron atónitos de ver mi sangre negra como el corazón; tan quemada estaba mi alma» (págs. 421-422) hayan guiado los pasos de Reinaldo Arenas hacia lo maravilloso hiperbólico, hacia el mundo alucinante de Fray Servando.

FRAY SERVANDO EN LOS TORIBIOS DE SEVILLA

A fines de enero de 1804, don Francisco Antonio León, fiel perseguidor de Mier que trabajaba de oficial mayor con el ministro Caballero, dio orden para internarlo en la casa de los Toribios de Sevilla, ¹² «la más bárbara de las instituciones sarracénicas de Es-

¹¹ Imbert, E. A.: *Historia de la literatura hispanoamericana*, México, F.C.E., 1977, 7.ª reimp., pág. 192.

¹² Francisco Aguilar Piñal lo ha descrito así: «Sin llegar a ser propiamente una cárcel, se hizo famoso en toda Andalucía el correccional de los *Niños Toribios*, llamado así por su fundador, Toribio de Velasco. Fue concebido como escuela, después como hospicio de niños huérfanos y desamparados, para concluir como casa de reclusión de menores. Aunque se inició en una modesta casa de la calle Peral, su indudable rentabilidad política movió al Ayuntamiento a darle mayor acomodo en la Inquisición vieja, a costa de los propios municipales. Después de la expulsión de los jesuitas fue trasladado al antiguo Hospital de Indias, anejo al colegio de San Hermenegildo. Toribio de Velasco, tan pobre y menesteroso como los niños asilados, consiguió que su caritativa obra fuese comprendida y auxiliada no sólo por los poderes públicos y eclesiásticos, sino también por la generosidad de los caballeros sevillanos». (Aguilar Piñal, Francisco: *Historia de Sevilla, siglo XVIII*. Universidad de Sevilla, 1982).

pañá», al decir del mexicano. Lo sorprendente es que Fray Servando no se limite a contarnos sus desventuras en la institución, y nos haga un resumen histórico de la misma. Que aquélla le impresionó vivamente es una deducción fácil a partir de los detalles retenidos en la memoria.

No me parece extraño que Fray Servando conociera *Los Thoribios de Sevilla*, de Fray Gabriel Baca (1776), fuente de donde proceden la mayoría de los estudios existentes sobre la Fundación. Pero donde el primero vio la labor de un alma compasiva que, movida por la más celosa caridad hacia el prójimo, recogió bajo su tutela a unos niños ignorantes y viciosos y los sometió a una estricta disciplina para adoctrinarlos y enseñarles un oficio, Mier sólo veía un régimen que bajo la apariencia de religiosidad encubría las más crueles atrocidades. Por ejemplo, en lo relativo a la recogida de muchachos, Fray Gabriel Baca nos dice que fue a propuesta del hermano Toribio previo consentimiento de los padres:

«Esta piadosa propuesta tuvo todo el efecto que deseaba aquel corazón piadoso, pues convinieron en ella los padres gustosísimos y agradecidos, enviando a sus hijitos a casa del montañés Toribio, en donde se juntaba, especialmente a prima noche, un buen número de chicuelos, a los que agasajaban con tan industrioso cariño, que los más se le iban ya sin repugnancia a su casa».¹³

Veamos cómo lo cuenta Fray Servando:

«... vendió sus libros, tomó una casa a propósito, y con bizcochos y merengues fue atrayendo a ella a los muchachos, como para enseñarles la Doctrina. Cuando hubo atraído una porción considerable, los tomó por asalto, y encerró en su casa: y regalando y acariciando a los más grandecitos, éstos le sirvieron de guardianes y escolta para la gente más menuda, a quienes sujetaba al vapuleo frequentísimo». (395).

Aun reconociendo a veces los progresos de la Casa y el aprendizaje

¹³ Baca, Fray Gabriel: *Los Thoribios de Sevilla*, Madrid, Imprenta de Francisco Xavier García, 1766, pág. 6.

de los muchachos, le interesa mostrar el lado negativo: «...también progresó en barbarie, y se acreditó en ésta de tal manera que de todas partes se comenzaron a enviar a Berbería todos los muchachos indómitos y traviesos y luego hasta los hombres» (pág. 396).

Determinadas costumbres impuestas por Velasco seguían vigentes, por ejemplo, las velas. Es decir, la disciplina de que continuamente anduviesen toda la noche por el dormitorio tres niños velando y rezando el rosario, bajo la vigilancia de uno de los grandes, el *vela mayor*. A cada hora se renovaba la vela para que pudiesen descansar. Veamos el testimonio de Mier sobre este punto:

«... no me dejaba dormir el rosario de los toribios y los gritos de su arráez. Toda la noche se siguen a cantar entre dos el rosario, mientras los otros duermen. Pero fuera de los dos primeros misterios observé que jamás acababa ninguno. Las infelices criaturas, levantadas desde las cinco de la mañana al oratorio, que dura una hora, como otra por la noche, muertas de hambre y cansadas del trabajo de todo el día se caen dormidas sobre las camas. Despierta el arráez, da gritos, vuelven los pobres a caer. Así están toda la noche, y yo la pasaba en vela» (pág. 420).

Tras estos datos de contenido —que no de intención— semejante a los de Baca, refiere otros inexistentes en la bibliografía y documentos que hemos manejado, probablemente porque corresponden a la historia del hospicio, menos conocida, a partir de la muerte de su fundador. Así nos habla de un tal Mier, sucesor de Toribio, cuando el verdadero sucesor fue su amigo Antonio Manuel Rodríguez, quien quedó encargado interinamente de la dirección, y cuyo nombramiento confirmó el Arzobispo. A ésta añade otras novedades, las barbaridades cometidas por unos inválidos llamados «culones», bajo las órdenes de Mier, con aquellos a quienes sus familiares querían tener presos, con tal de cobrar la peseta diaria por su manutención. Por último da a entender que el hospicio se hizo cargo de los locos a los que daba pésimo tratamiento. Con toda la animosidad y la ira del criollo resentido se pregunta: «¿No tiene razón el arzobispo de Malinas cuando dice que España se cuenta en Europa por un error de geografía?» (pág. 396).

Pero había una España que Mier no despreciaba, la de los españoles ilustrados que era también la España perseguida. Salvo una breve alusión de Aguilar Piñal referente a la prisión de varios religiosos en los Toribios,¹⁴ sólo en las *Memorias* de Fray Servando hemos hallado información sobre el paso de importantes personalidades por la Casa:

«Como ahora, después del regreso de Fernando ha ido a los conventos y presidios de Africa la flor de la nación, en tiempo de Godoy los Toribios eran uno de los depósitos del bárbaro ministro Caballero para depositar todos aquellos que, no teniendo delitos para cárceles, se quería atormentar enviándoles a casa de corrección. A tiempo que yo iba para los Toribios, el célebre ministro Jovellanos, honor de la nación, yacía en una cartuja para aprender la doctrina cristiana; el famoso doctor Salas Salmantino,¹⁵ estaba en un convento de Guadalajara; y el célebre padre Gil, clérigo menor, que después fue de la Junta de Sevilla,¹⁶ en los Toribios, de donde salió poco antes de entrar yo» (págs. 396-397).

No sabemos exactamente qué grado de verdad hay en las palabras de Mier; no descartamos ciertas exageraciones provocadas por la actitud antiespañola. No obstante, es justo admitir que la verdadera historia de la Institución está por completar. Quienes hasta ahora se han ocupado de ella apenas sobrepasan la fecha de 1766, y obviamente se interesan má en la figura del fundador y sus seguidores que en los reclusos y muchachos. No propician esta labor las dos fuentes documentales existentes en Sevilla: Archivo Municipal (Papeles del conde del Aguila) y Archivo de la Diputación. En este último sólo existen libros de cuentas. Aun

14 Aguilar Piñal, Francisco: *Historia de Sevilla*, siglo XVIII, Universidad de Sevilla, 1982, pág. 148.

15 Se trata de Ramón de Salas, jesuita y político español de fines del siglo XVIII y primer tercio del siglo XIX. Fue catedrático de la Facultad de derecho de Salamanca. Perseguido por la Inquisición (1796) fue obligado a abjurar y, finalmente, desterrado. Su obra más importante, *Lecciones de derecho público constitucional* (1825), tuvo gran influencia posterior, especialmente en Hispanoamérica.

16 El Padre Gil (1747-1815) fue nombrado provincial de la Orden de los franciscanos a la que pertenecía. Se ocupó de continuar la obra del Padre Mariana, *Historia de España*. Sufrió reclusión por intrigar en la Corte en contra de Godoy. Fue uno de los dirigentes de la Junta Insurreccional de Sevilla.

así la posibilidad de hallar nuevos datos no está descartada. De hecho, don Vicente de la Fuente, autor de *la Memoria leída en la Real Academia de ciencias morales y políticas acerca de los Toribios de Sevilla* asegura que, al menos, han existido:

«El tío Toribio no descuidaba la estadística, en medio de la sencillez y pobreza con que estaba montado su establecimiento: llevaba con esmero su registro de entrada y salida, con los nombres y apellidos de los asilados, y su índice alfabético, y noticia de la patria y padres de ellos». ¹⁷

No obstante Francisco Collantes de Terán, en el artículo dedicado a los Toribios incluido en *Establecimientos de Caridad en Sevilla* recoge un oficio del último Administrador de la Casa donde se da a entender que muchos de los papeles y documentos están perdidos:

«En 13 del corriente he recibido un oficio de V. S. fecha 8 del mismo, pidiéndome ponga a disposición de esa Junta municipal de Beneficencia, de que V. S. es Secretario, todos los documentos pertenecientes a la Casa de Toribios.

Como la extinción de aquel establecimiento y expulsión mía de él, por el Sr. Jefe Político, fue tan precipitada, que en sólo tres días hube de buscar casa donde vivir, trasladar mi familia, a, y para desgracia, fueron los del gran temporal que causó la inundación última, que los que vivimos no hemos conocido semejante; ni yo en tan apuradas circunstancias tuve cabeza, ni podía pensar más, que en lo que tanto me afligía, que era verme en la calle, sin destino, y a mi pobre familia desamparada: por consiguiente, ni yo sé los papeles que dejé en la casa, ni los que recogía, ni hasta hoy he podido inspeccionarlos, pues harto he hecho y hago, en proporcionar mi subsistencia y la de cuatro personas que tengo a mi cargo: por lo que la Junta se servirá darme tiempo para buscar y coordinar los que encuentre; pero los que allá quedaron,

17 Dicha Memoria está publicada en Madrid, Compañía de Impresores y Libreros, 1880, como introducción a *Los Thoribios* de Sevilla de Fray Gabriel Baca. La cita corresponde a la página 23.

como la llave de la casa se recogió también con precipitación por un alguacil, y yo he sabido posteriormente que los muchachos y gente del barrio entraron en la casa, y se llevaron algunos cuadros, chicharos y otros efectos que allí quedaron; no será extraño que se llevasen también papeles, y todo lo que hallaron a mano; pero yo me acuerdo que muchos cuadernos así de cargo como del gasto, quedaron allí...». ¹⁸

Hasta aquí el testimonio de Fray Servando acerca de la Institución desde sus orígenes, en torno a la figura de Toribio de Velasco, hasta la llegada del fraile mexicano. A partir de ese momento empieza la relación de sus avatares en el centro. En primer lugar, la injusticia cometida por el «pícaro León» al encerrarlo por soberbio y por «hallarse vestido de secular» siendo religioso. De nada sirvieron las dimisorias del Sumo Pontífice, que aseguraban que su conducta era irreprochable, ni que hubiese declarado ante el alcalde de corte su secularización. Las verdaderas razones para Mier eran otras: «Le convenía (a León), pues, suponerme religioso (...) para mandar al procurador de México pagase mi transporte y mis dietas en los Toribios» (pág. 399).

Las *Memorias* de Mier adoptan modos novelescos cuando refiere las vicisitudes y condición de sus compañeros de presidio. Sin embargo, como ocurre en *El Periquillo Sarniento* de Lizardi, no profundiza en su psicología, simplemente le sirven de pretexto para la crítica. Así, a través de la historia de un fraile jerónimo arremete contra los malos hábitos de los frailes dedicados al contrabando que fueron acusados por el jerónimo y lograron que el rey mandase a los Toribios a su acusador. Fue también éste quien acusó a Mier —por mediación del chismoso porterillo Clemente— de haber hecho en unos versos la descripción de los Toribios. Se trata de unas décimas —treinta y seis— que compuso para mitigar el aburrimiento, cuyo título rezaba así: «Gritos del Purgatorio, que padecen los ejercitantes distinguidos de la casa de corrección de los Toribios de Sevilla. Escríbelos un cofrade, en la cuaresma de 1804, para excitar la compasión de las almas piadosas». Veamos a título de ejemplo las dos primeras estrofas:

¹⁸ Sevilla, 1886, pág. 188.

1.^a

«Nuestro Toribio afamado,
Beato y librero en Sevilla,
Mirando tanta polilla
como andaba en su mercado,
Vendió cuanto había comprado
De su vieja librería;
Y con una intención pía,
Aunque turca, almacenó
Cuanto anónimo encontró,
O que a él se lo parecía».

2.^a

«Al códice que pillaba
El polvo le sacudía,
O porque así le placía,
En su casa lo archivaba.
Los mantenía, y enseñaba
la Doctrina, y aun a leer
Así se le dejó hacer.
E hizo tanto, que fundó
La Santa Casa en que yo
He venido a padecer».

En una explosión de sarcasmo criollo comenta: «Se ve que esto no era más que una chanzoneta, y entre gentes racionales se habría reído y celebrado como un rasgo de ingenio; pero yo estaba en Tetuán» (pág. 407). Este tono es moneda común en la prosa de Mier al referirse a España, y no digamos a Sevilla, pero, a veces, como por descuido, nos sorprende con la confidencia de un instante memorable. Uno es en los Toribios, cuando le quitaron los grillos: «y me hallé hecho un príncipe, porque en el cuerpo de arriba de la torre tenía cuatro balcones que tocaban sobre las azoteas del vecindario y tenían bellas vistas sobre las huertas inmediatas» (pág. 408).

El segundo ocurre después de la fuga de los Toribios. De Cádiz se embarca para Ayamonte. Tras presenciar la batalla de Trafalgar llega a la Torre de Umbría y expresa su emoción más profunda con estas sencillas palabras: «Allí me latió el corazón al divisar el convento de la Rábida y el pequeño puerto de Palos» (pág. 426). Estaba Mier frente a la nebulosa de sus orígenes.

La historia del fraile se desgrana en mil historia porque esta personalidad inquieta, irónica y prodigiosa transforma cada hecho en acontecimiento, cada acto en historia, y cuando nada ocurre él lo provoca. No contento con haberse burlado, en las décimas, del mayordomo de los Toribios, habiéndole presentado éste sus quejas, responde con otra burla mayor si cabe, y fue entonces cuando lo destinaron a una torre y le añadieron a los grillos «un grillete puesto en una barra de hierro de tres o cuatro arrobas.

En el estoicismo con que Mier asume cualquier castigo se insinúa una actitud básicamente mexicana, puesta de relieve por Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*:

«El estoicismo es la más alta de nuestras virtudes guerreras y políticas. Nuestra historia está llena de frases y episodios que revelan la indiferencia de nuestros héroes ante el dolor o el peligro. Desde niños nos enseñan a sufrir con dignidad las derrotas, concepción que no carece de grandeza. Y si no todos somos estoicos e impasibles —como Juárez y Cuauhtémoc— al menos procuramos ser resignados, pacientes y sufridos. La resignación es una de nuestras virtudes populares. Más que el brillo de la victoria nos conmueve la entereza ante la adversidad». ¹⁹

Frases como «yo tomaba todo esto con la zumba que merecía a los ojos de un filósofo que se halla entre hotentotes» traslucen un sentimiento de superioridad, pero también una postura estoica e inclusive heroica: «Grillos y prisiones no infaman a nadie, pues los padeció Jesucristo, los Santos, los hombres más grandes, y siempre han sido el patrimonio de la virtud y el mérito» (pág. 408).

Cuando el estoicismo no bastó para frenar su desesperación, tomando por consejo el de Jesucristo «cum persequentur vos, fugite», se embarcó para Sanlúcar, viajó al Puerto de Santa María y de nuevo embarcó para Cádiz. Allí se encuentra con el procurador de los dominicos en México, quien lo reconoce y lo recluye en la cárcel de Cádiz. Nuevo pretexto para hacer incursiones anecdóticas sobre los otros presos, particularmente «uno que se había fingido ministro del Santo Oficio contra un clérigo travieso» y un italiano ladrón-ganzuero que planeó una fuga en la que Mier no pudo intervenir porque fue devuelto a los Toribios por orden de León: «y cágame, otra vez, a los dos meses, en los Toribios, por disposición maligna de un gachupín fraile procurador de México» (pág. 417).

El regreso a los Toribios se convierte en nuevo repertorio de desdichas. La vida complicada de Mier es la cara visible de su personalidad compleja. El fraile arrogante que soporta estoicamente toda clase de desdichas y supera con habilidad una cadena

¹⁹ México, F.C.E., 1980, 8.ª reimp., pág. 28.

de persecuciones, se entenece con humildad franciscana ante lo más insignificante. Ya lo dijo en algún lugar de sus *Memorias*: «Mi imaginación es un fuego, pero mi corazón está sobre la región de los truenos». Y cuando lo despojan de un gato, único compañero de celda, es su humanidad la que se duele:

«Yo nací para amar, y es tal mi sensibilidad, que he de amar algo para vivir. Así en mis prisiones siempre he cuidado aunque no sea sino de una arañita, unas hormiguitas, algún ser viviente; y cuando no, de una plantita siquiera. Sentí mucho mi gatito» (pág. 421).

Para Eduardo G. Gómez, «es en este registro de su voz donde se oyen las voces de la paciencia milenaria, siempre en espera de la brecha que le permita salir y hacerse acto en *su historia*».²⁰

CONCLUSIÓN

La prosa de Mier es amena y descuidada, hecha de improvisación y frescura. Circunstancial, nacida al calor de unos hechos, prefigura a los románticos hispanoamericanos. Sin excesivas pretensiones eruditas —a diferencia de Lizardi— hace alarde de sus lecturas religiosas para demostrar ante sus enemigos la sólida formación teológica que le negaban. La protesta antiespañola, la reivindicación criolla y las ideas ilustradas conforman el tejido de sus ideas. La picaresca, los libros de viajes y las autobiografías noveladas, sus módulos literarios, lo demás se confunde con su vida. Fue Lezama, una vez más, quien descubrió en Mier la oculta sorpresa de separarse de lo hispánico para encontrarlo por otros caminos: «apartarse de la tradición que se resguarda para rehallar la tradición que se expande». Esta queda simbolizada en aquella visión momentánea del puerto de Palos y del monasterio de la Rábida.

²⁰ Eduardo G. González: *A razón de Santo: Últimos lances de Fray Servando*, «Revista Iberoamericana», U. S. A., núms. 92-93, julio-diciembre 1975, pág. 599.